

LA GRAN CARRERA

Allá por el año 100 (EN EL AÑO 1100 YA NO HABÍA ROMANOS, ERAN HISPANOVISIGOS), dos de las familias romanas más importantes asentadas en Calagurris, los Escipión y los Cornelia, se hallaban enfrentados por la administración de las tierras, el ganado y los botines ya que, los primeros, no estaban de acuerdo con las riquezas que habían obtenido y pedían más, pero los Cornelia no querían ceder ni un pedazo de sus ganancias. Debido a esta situación, los campesinos y ganaderos estaban padeciendo numerosos sinsabores ya que temían perder su trabajo en el campo y sus reses puesto que éstas pertenecían a los ya citados nobles...

Pero, ¡si he empezado por el final! Será mejor que me presente: –Soy Nautius, un campesino al servicio de los Escipión que, tratando de no poner la cordura dado que, presiento, mi fin se acerca, ha decidido relataros su historia...

<<Hace años atrás, Julio, así se llamaba el cargo más alto de la familia, me otorgó una cabeza de ganado y una parcela de 127 pies de largo y 94 de ancho, con el fin de que trabajase la tierra y, llegado el momento, le entregase la mitad de la cosecha reservando la otra media para alimentar a mi familia y a la vaca.

Pasaron los días y la rivalidad entre ambos linajes aumentaba pues cada uno seguía defendiendo su argumento. Finalmente, tras consultar al decurión, se llegó a la conclusión de que lo más justo era realizar una batalla de cuadrigas en el Mercadal, solución que terminó por convencer a ambas partes. De este modo, los dos “pater familias” firmaron el documento que recogía tal compromiso que, según lo convenido, tendría lugar en 30 días.

Dos lunas más tarde, Julio me reunió junto a tres campesinos más para encargarnos una labor que, nos reveló, sería vital: cuidar, preparar y alimentar a los caballos que participarían en la competición. Durante nuestro encuentro repitió en numerosas ocasiones que, si todo salía bien, nos entregaría una abundante recompensa que lograría mejorar notablemente nuestro estatus. Tras aceptar gustosamente y a fin de atender lo mejor posible a los caballos, nos encargaron ir a vivir a una simple caseta que se encontraba al lado del establo que, a su vez, se encontraba a las afueras de la ciudad, en las orillas del mismo río Ebro.

Pasaron varias jornadas y los équidos estaban cada vez mejor preparados. Todo transcurría con normalidad hasta que, una noche de luna llena, oímos un gran estruendo fuera de la cabaña que puso fin a nuestro descanso. Alarmados, decidimos salir fuera y fue entonces cuando comprendimos lo ocurrido, un caballo había roto la puerta de la caballeriza

y había huido al galope campo a través. Todavía se podía ver la polvareda que había levantado.

Nada más conocer la noticia tuvimos que actuar de manera instintiva y nos pusimos manos a la obra para arreglar la puerta del establo y, por consiguiente, evitar la salida de más animales. Tras repararla, salimos en busca del caballo que había escapado, maniobra que duró hasta el amanecer, momento en el que encontramos al animal junto a la orilla del río, bebiendo agua tranquilamente. Tras examinarlo y comprobar que se hallaba en perfecto estado, lo atamos con cuerdas y volvimos al cobertizo. Tras realizar las tareas diarias, fuimos en busca de Julio para informarle de lo ocurrido la pasada noche, pero él no estaba y se lo contamos a su mujer, Aurelia, y a su hija, Acucia.

A falta de dos semanas de la gran cita, la mala fortuna volvió a cebarse con nosotros dado que, durante un entrenamiento, uno de los caballos se lastimó una pata. Tras consultar con el albéitar, éste nos confirmó que se trataba de una fractura bastante compleja y que, por consiguiente, el animal no podría correr en la competición. Tras visitar varias localidades cercanas puesto que, dada la fecha, no teníamos tiempo que perder, adquirimos un animal nuevo; no obstante, el caballo tenía una baja forma física debido a que, hacía unos meses, también había sufrido una lesión. Convencidos de poder recuperar su antaño buena condición, lo sometimos a numerosos ejercicios como la carrera continúa, el tirado... actividades que alternamos con una cuidada alimentación.

Tras varias jornadas entregados al entrenamiento de los animales, la gran carrera cada vez estaba más cerca, circunstancia que se notaba en el ambiente, muy enrarecido y en el que se sucedían numerosas y leves revueltas; mientras, el nuevo caballo estaba más fuerte, lo que suponía que ya estaba preparado para entrenar con los otros tres y ser entrenados por primera vez los cuatro juntos con el carro. El jinete que iba a montar el carro era una persona de confianza para los Escipión y era un experto en este tipo de situaciones.

Apenas dos días antes de la gran batalla ocurrió otro infortunio, pero para nuestro descanso, en el bando de los Cornelia ya que su hija menor murió a causa de una súbita enfermedad. Superados por tan terrible pérdida, los Cornelia solicitaron retrasar la gran batalla, pero su petición fue rechazada situación que les generó aún más tormento y preocupación del que tenían pues, sabían que se estaban jugando sus ganancias y prestigio y fama.

Último día antes de la carrera, Julio nos pidió que la alimentación y el entrenamiento fuesen algo distintos al de las jornadas a fin de evitar nuevas lesiones. Más tarde, solicitó que nos reunimos con el auriga encargado de liderar los cuatro caballos en la gran carrera de cuadrigas. Tras una conversación que se me antojó interminable, nos dedicamos al

arreglo de las pezuñas de los animales con el fin de evitar resbalones y malas pisadas durante el duelo, tal y como había dispuesto Julia. Las tareas de cuidado se alargaron más de lo previsto por lo que, al finalizar la jornada, nos encontrábamos muy cansados. Agotados, dormimos de un tirón y, sin apenas darnos cuenta, llegó el alba precedido del grito de los gallos. Nos levantamos y tras devorar una ración de “panem sicum” rebozado del espléndido vino que producían las vides de la familia, me dirigí a dar de comer por última vez antes de la competición a los cuadrúpedos. Al acabar, enganché a éstos al carro y las correas.

El gran momento había llegado, el Mercadal estaba de miradas curiosas que ardían en deseos de contemplar la apuesta, pues hacía muchos años una carrera de este calibre no tenía lugar en Calagurris. En los dos palcos se encontraban las dos familias y, frente a ellos, en el otro lateral el árbitro encargado de aplicar las normas y de decidir el ganador en caso de duda o problema. Como reconocimiento a nuestra labor, mis dos compañeros y yo estábamos sentados al lado de la tribuna de los Escipión y por qué no decirlo, bastante nerviosos.

El árbitro, llamó a los dos aurigas para que se colocasen en las cárceles ya que faltaba poco tiempo para que el sol pasase el punto que indicaba el mediodía.

La carrera comenzó, las cuadrigas se desplazaban a toda prisa. Durante las tres primeras vueltas la distancia entre uno y otro era apenas imperceptible y, consecuentemente, la tensión era máxima. Las gradas de la cávea estaban abarrotadas y sus ocupantes no paraban de animar a quién les convenía lo que, de vez en cuando, generaba alguna que otra pelea; mientras, en la arena, ya afrontaban la cuarta vuelta. Inesperadamente, la cuadriga de los Cornelia se adelantó. La cosa no pintaba bien para nosotros, pero un caballo contrario cayó de rodillas y nos permitió adelantarles. Tras unos minutos que se me antojaron interminables pues era consciente de que esta victoria podía cambiar mi vida, llegó la última vuelta. Todavía manteníamos la ventaja y si todo seguía así, por fin obtendríamos nuestro gran botín. Quedaba el final de la vuelta, unos 150 metros aproximadamente, la distancia a favor era mínima, cualquier fallo nos perjudicaría, pero cruzamos la “porta Triumphales” y... ¡ganamos! Julio y el resto de su familia se encontraban pletóricos y, nosotros, también: reímos, lloramos, nos abrazamos... dichosos de haber alcanzado, por fin, una vida más relajada y sin tantos problemas.

Después de la carrera, Julio nos agradeció nuestro esfuerzo y nos invitó a comer junto a su familia para celebrar la victoria, celebración a la que acudimos con nuestras mejores ropas para causar buena impresión. Aún hoy soy capaz de recordar en mi paladar los

cuantiosos manjares que, torpemente, devoramos: aceitunas, dátiles, pistachos, “ephippium”, buey y unas sabrosas “tyropatinam”.

A la mañana siguiente, tuvo lugar en la plaza contigua al Mercadal el intercambio de ganancias. Recuerdo que el lugar estaba lleno de campesinos que trabajaban tierras de los Escipión y que se encontraban allí porque, acto seguido y según lo prometido, tendría lugar el reparto de tierras y ganado. La partición se llevó a cabo de forma tranquila. Cuando llegó nuestro turno, recibimos gran cantidad de pies de tierras y tres cabezas de ganado para cada uno.

Tiempo después, acomodado a mi nueva vida, casé con una bella mujer y, a los pocos meses, nació mi primer hijo, Máximo, que sería el heredero legítimo de todas mis pertenencias. Como regalo por el feliz nacimiento, Julio nos entregó otra cabeza de ganado.

Desde aquella victoria, mi vida había cambiado para bien y, dichoso, esperaba que todo siguiera así tanto para mí como para mis descendientes; sin embargo, años más tarde llegó la guerra y, como la mayor parte de mis conocidos, fui reclutado por el ejército para batallar contra los llamados “barbari”. Desde ese momento, mi familia no supo nada de mí... Seguramente, me dieron por muerto, pero hoy regresó a casa después de tanto tiempo.

Al llegar a casa, mi mujer se ha emocionado muchísimo. Máximo ha crecido notablemente y, por fin, he conocido a mi hija ya que, el día que me fui, aún no había nacido.

Tras varios días llenos de dicha, un emisario arribó a mi hogar para informarme de que, nuevamente, había sido reclutado para una nueva batalla en la que, trágicamente, caí en manos del enemigo y fui decapitado >>.